

Mateo 5:13-20

Mateo 5:13-20 Epifanía 5. 1999

¹³Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.

¹⁴Vosotros sois la luz del mundo; una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder. ¹⁵Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbra a todos los que están en casa. ¹⁶Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.

¹⁷No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. ¹⁸Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido. ¹⁹De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños, y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; mas cualquiera que los haga y los enseñe, éste será llamado grande en el reino de los cielos. ²⁰Porque os digo que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

Una justicia que es mayor que la de los escribas y fariseos.

Si entendemos quienes son los escribas y los fariseos, este texto tiene que aterrarnos a primera vista. Los escribas eran los expertos en la ley, los que estudiaban en el más diminuto detalle qué se permitía y qué no se permitía en la ley. Los fariseos eran los que más se esforzaban por cumplir la ley en todos sus detalles, de modo que la gente creía que si alguien tenía el cielo asegurado, tenía que ser los fariseos. Sin embargo, Jesús en nuestro texto declara que tenemos que ser aun mejores que ellos, si es que vamos a entrar en el reino de los cielos. Pablo describe su vida como fariseo de la siguiente manera: “circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la ley, fariseo; ⁶en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que es en la ley, irreprochable.” Sin embargo, tiene que reconocer que no es suficiente, que no puede entrar en el reino de los cielos por esas condiciones y prerrogativas, ni siquiera por su cumplimiento de la ley que ante los hombres era irreprochable. Tiene que decir: “Pero cuantas cosas eran para mí ganancia, las he estimado como pérdida”. De hecho los llama estércol. Sólo está repitiendo la lección que Jesús tiene para nosotros hoy, que “si

vuestra justicia no fuere mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.”

¿Quién es el que entrará en el reino de los cielos? El mensaje de la ley es ésta: Solo el que la cumple, no según la mayor medida de sus fuerzas, no tratando de asegurar un cumplimiento lo más cercano a la perfección que es posible guardando también muchas otras leyes y tradiciones humanas que Dios ni siquiera había mandado, y no cumpliendo solamente de forma externa de modo que la gente tenga que declarar que allí va un hombre muy religioso y santo, sino a la perfección. Esto es lo que Dios exige en su ley. El que no la cumple así no tiene justicia suficiente para entrar en el reino de los cielos. Y si esto no fuera suficiente para dejarnos convencidos de que esto nos excluye cuando se trata de nosotros y nuestra relación con la ley, oigamos a Santiago: “Porque cualquiera que guardare toda la ley, pero ofendiere en un punto, se hace culpable de todos.”

¿En donde nos deja esto a nosotros? ¿No nos deja en una situación verdaderamente desesperada? ¿Puede Jesús realmente estar hablando en serio aquí? Nadie es perfecto. Si esto es así, no hay nadie que pueda entrar en el reino de los cielos. Sí, mis amigos, así es. Esto es precisamente lo que Jesús nos dice aquí. Que ni tú, ni yo, ni ningún otro ser humano puede entrar en el reino de los cielos por su propia justicia, porque sencillamente no es suficiente. Si los fariseos, que se esforzaban casi de manera sobrehumana están excluidos, no deja lugar para nosotros, si fuéramos juzgados según las exigencias de la ley de Dios.

Jesús dice: “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir. Porque de cierto os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra, ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido.” Ni la más pequeña palabra o parte de la ley pasará. Para la persona que está bajo la ley, y a quien la ley amenaza con sus truenos y sentencia de juicio, no hay escape. La ley tiene que cumplirse, y el que no lo ha hecho, y otra vez, a la perfección, queda excluido del reino de los cielos. Jesús no vino para decir que la ley ya no cuenta, que la ley no se ha de tomar en serio, que Dios ahora salvará a todos nada más por ser “buena gente” para decirlo así. No, la palabra de Dios tiene su validez y vigencia absoluta, y esa palabra de ley nos condena a todos.

Pero hay que notar una cosa aquí. Jesús dice algo muy importante también en nuestro texto que nos puede levantar de esta terrible situación en que nos hemos encontrado por nuestra desobediencia a la ley. Dice: “he venido ... para cumplir”. Y dice: “hasta que todo se haya cumplido.” Ahora, es evidente que nosotros no hemos cumplido con lo que exige la ley de Dios;

todos los días la hemos quebrantado. Pero aquí hay otro que dice que él sí va a cumplir. “He venido ... para cumplir”, dijo Jesús. Y cuando se trata de todo lo que Dios exigió en su santa ley, Jesús hizo precisamente eso: cumplió. El libro de los Hebreos nos dice: “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado.” Y él mismo pudo retar a sus adversarios: “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?”

Y ¿por qué es tan importante que Jesús hizo eso? Porque lo hizo como nuestro Sustituto y en nuestro lugar. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos.” Jesús mismo, el que es el Hijo de Dios, voluntariamente se sujetó a la ley de Dios cuando tomó nuestra carne, y cumplió todo en nuestro lugar y en nuestro beneficio.

Y todo esto es también una parte de lo que Jesús quería decir cuando dijo “No penséis que he venido para abrogar la ley o los profetas; no he venido para abrogar, sino para cumplir.” La ley y los profetas es un término que abarca todo el Antiguo Testamento, y ese Antiguo Testamento no contiene solamente mandatos y amenazas de castigo contra el que no ha cumplido, también contiene las más maravillosas promesas de un Salvador que redimirá a los pecadores de su culpa y castigo. Así Isaías profetizó, por ejemplo: “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados. Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros.” Así es, en cumplimiento de la ley y los profetas, no sólo obedeció perfectamente la ley de Dios, sino también aceptó el más terrible castigo, uno que no le correspondía porque en su propia persona era absolutamente perfecto, porque Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros. De este modo también se cumplió a cabalidad todo lo que la ley amenazó contra los pecadores. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición.”

De modo que Pablo puede decir a los corintios: “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” Sí, al santo e inocente, el Hijo de Dios, Dios lo hizo pecado, es decir, lo trató como el peor pecador, como el cúmulo de todos los pecados de todos los

seres humanos de toda la historia, y así lo castigó en la cruz. Eso lo hizo “por nosotros”, por los pecadores, por los que debemos haber sufrido ese sin igual castigo. Y la razón, “para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él.” Como Dios quitó nuestro pecado de nosotros, y lo puso sobre Jesús, ahora puede tratar a nosotros como justos, como los que poseemos la justicia absolutamente perfecta de la perfecta obediencia de Jesucristo, el Hijo perfecto de Dios. Cuando Dios nos ve ahora, eso es lo que ve, esa perfecta justicia de Jesucristo, que cubre toda nuestra injusticia y todo nuestro pecado. ¿Qué es lo que necesitamos para entrar en el reino de los cielos?, preguntaremos otra vez. Jesús responde en nuestro texto, una justicia que es mayor que la de los escribas y fariseos. ¿La tenemos? Ciertamente no en nosotros mismos, ni por nuestra obediencia de la ley. Sin embargo la tenemos, porque tenemos la justicia perfecta de Jesucristo mismo. “Porque todos los que habéis sido bautizados en Cristo, de Cristo estáis revestidos.” Con esta justicia, “la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él,” tenemos la justicia que necesitamos para entrar en el reino de los cielos.

Y ahora podemos dirigir nuestra atención a la primera parte de nuestro texto, en donde Cristo llama a los cristianos sal y luz. “Vosotros sois la sal de la tierra ... Vosotros sois la luz del mundo.

Primero nos llama la sal. Notamos que no nos dice: Háganse sal, Conviértanse en sal, Esfuécense por llegar a ser sal. Nos dice que como creyentes en Cristo somos sal. La sal en el mundo antiguo se usaba especialmente como un preservativo, algo para tratar la comida tal como la carne o el pescado para que no se pudriera, algo así como el charqui aquí en el Perú. Los cristianos por su misma naturaleza como personas que han sido justificados por Cristo Jesús, y que ahora desean solamente servir a su Salvador, actuarán como sal para retardar la corrupción y la perdición del mundo. De hecho, Dios preserva el mundo por causa de los elegidos. Podemos pensar en la manera en que Dios estaba dispuesto a perdonar a Sodoma y Gomorra, si hubiera tan solo 10 justos en las ciudades. Y también nos dice Pedro: “El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento.” Cuando vivimos de acuerdo a la voluntad de Dios, cuando levantamos la voz para decir, cuando otros sugieren una conducta indebida, que no lo haremos, actuamos como sal, para detener la podredumbre del mundo. Solo que también tenemos la advertencia para que no nos volvamos otra vez al mundo para podrirnos con él. “Pero si la sal se

desvaneciere, ¿con qué será salada? No sirve más para nada, sino para ser echada fuera y hollada por los hombres.” Un cristiano que es totalmente conformado con este mundo corrupto, que niega su herencia celestial siguiendo el camino malo del mundo, dejará de ser sal, dejará de ser cristiano, y finalmente será rechazado, como la sal que se desvanece y que es echado a los caminos para ser hollada por los hombres.

Y también nos llama luz. No siempre éramos luz. Pablo nos recuerda de nuestra situación natural cuando dice: “Porque en otro tiempo erais tinieblas, mas ahora sois luz en el Señor; andad como hijos de luz (porque el fruto del Espíritu es en toda bondad, justicia y verdad), comprobando lo que es agradable al Señor.” El mundo está lleno de tinieblas espiritualmente. El mundo sigue su camino sin guía ni luz hasta que su pie se precipite por el barranco del infierno. De esto hemos sido libertados por aquel que en primer lugar es la Luz del mundo. Pero es la naturaleza de la luz que ilumina. No se puede esconder la luz que la salvación en Cristo nos da, más que se puede ocultar una ciudad edificada sobre un monte. Así la exhortación, “Ni se enciende una luz y se pone debajo de un almud, sino sobre el candelero, y alumbrará a todos los que están en casa. Así alumbrad vuestra luz delante de los hombres”. El Comentador William Barclay escribe: “Así que, el cristianismo es algo que debe ser visto. Como alguien ha dicho bien: ‘No es posible tal cosa como un discípulo en secreto, porque o el secreto destruye el discípulo, o el discipulado destruye el secreto.’” El cristianismo de una persona debe ser perfectamente visible a los hombres.

Además, este cristianismo no debe ser visible solamente dentro de la iglesia. Un cristianismo los efectos del cual terminan a las puertas de la iglesia no ayudará a nadie. Debe ser aun más visible en las actividades ordinarias del mundo. Nuestro cristianismo debe ser visible en la manera en que tratamos al vendedor en la tienda al otro lado del mostrador, en la manera en que pedimos una comida en el restaurante, en la manera en que tratamos con nuestros empleados o servimos a nuestro empleador, en la manera en que jugamos un partido o manejamos o estacionamos un auto, en el lenguaje que usamos todos los días, en la literatura diaria que leemos. El cristiano debe ser tanto un cristiano en la fábrica, en el taller, en el astillero, en la mina, en la escuela, en la cirugía, en la cocina, en el golf, en la cancha del fútbol, como en la iglesia. Jesús no dijo ‘Sois la luz de la iglesia’: dijo: ‘sois la luz del mundo’, y en la vida del hombre en el mundo su cristianismo debe ser evidente a todos.”

Y esto con el más noble objetivo: “para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los

cielos.” La gente debe poder ver una diferencia, una diferencia que les hará preguntar, ¿Por qué? Y esto a la vez dará una oportunidad de dar testimonio de aquel gran Luz, Jesucristo, que nos ha iluminado a nosotros en nuestras tinieblas. “Mas vosotros sois linaje escogido, real sacerdocio, nación santa, pueblo adquirido por Dios, para que anunciéis las virtudes de aquel que os llamó de las tinieblas a su luz admirable”, nos recuerda Pedro.

La luz que nos ha iluminado a nosotros es precisamente el mensaje de la justicia mayor que la de los escribas y fariseos, la justicia de nuestro Salvador Jesucristo que él ha obtenido para los pecadores con su perfecta obediencia de la ley y su inocente muerte en la cruz. Esta es la luz que nos ha sacado a nosotros de las tinieblas a su luz admirable. La región de las tinieblas de afuera es la región de la condenación, del infierno. Y allí estábamos. Pero Cristo nos ha hecho hijos de luz, que podemos reflejar su luz a un mundo que sigue tan necesitado de verdadera luz como nosotros en un tiempo. Así que, vivamos de tal forma que tengamos oportunidad de anunciar las virtudes de nuestro Salvador Jesucristo. ¿Se han notado cómo los insectos en la noche son atraídos por la luz? Vivamos de tal forma que los pecadores sean atraídos a Cristo y a su justicia. Es cierto, muchos preferirán las tinieblas a la luz, pero habrá quienes también serán rescatados y se convertirán en hijos de luz. Así que, no escondamos nuestra luz debajo de un almud. Pongámosla en alto, para que viendo nuestras buenas obras, la gente sea atraída a glorificar a nuestro Padre que está en los cielos. No podemos tener una vocación más noble en este pobre mundo. No se está llamando aquí a algo extraño. Solo se está pidiendo que llegue a expresarse lo que realmente somos, por la gracia de Jesucristo. “Sois la luz del mundo”. Sólo nos llama a la lucha diaria de la santificación para honrar a nuestro Padre celestial haciendo su santa voluntad. Sí, “alumbre vuestra luz”, Amén.